

ROGER MARTIN DU GARD

Notas sobre André Gide

TRADUCCIÓN DE ARMANDO PINTO



Edición y prólogo: Pablo De Cuba Soria
© Traducción: Armando Pinto
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Herederos de Roger Martin du Gard, 2025
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2025

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798316879380

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Roger Martin du Gard, un retrato

CONSIDERABA A TOLSTÓI por encima de los demás mortales: tenía en un anaqueł *Guerra y paz* a la misma altura que la Biblia. Desde 1904 leyó la novela del *graf* ruso cada año bisiesto hasta su muerte, según Jean-Yves Tadié. En varios pasajes de sus *Diarios*, aseguraba que los personajes de sus novelas lo visitaban en sueños, *reclamándole* ajustes en el argumento y —sobre todo— en las vestimentas. En su casa de Normandía tenía una biblioteca secreta donde escondía obras de autores prohibidos —unos mil volúmenes de literatura pornográfica, según Jean-Pierre Amette—. Sabía el horario exacto de todos los trenes de París. Tras ganar el Nobel de Literatura en 1937, un periodista de *Le Figaro* dijo de él: “No quiso conceder ninguna entrevista; así le irá a su obra”.

Retratar a Roger Martin du Gard (Francia, 1881-1958) es querer mirar de frente a un autor que se escabulle en su propia sobriedad. Su figura está rodeada de una calma casi

quirúrgica, de una moderación que resguarda más que disimula. Su escritura evita la grandilocuencia, sin perder profundidad. Practicó el arte de la persistencia: el de los personajes que envejecen, el pensamiento que madura y las ideas que sedimentan. Su prosa, contenida y precisa, parece escrita con lupa en la mano.

Aunque desdeñaba la exposición pública, fue un hombre comprometido. Durante la Gran Guerra, su servicio como enfermero voluntario no interrumpió su vocación literaria. Sus personajes, sobre todo los de *Jean Barois* y *Les Thibault*, respiran esa tensión entre acción y reflexión, entre fe y desencanto. Supo narrar el conflicto entre conciencia y deber, sin recurrir al melodrama: “Yo siento que la mía ha permanecido elemental. Lo que llamo objetividad, fidelidad a lo real, simplicidad de composición y factura, podría no ser más que indigencia”. En esa frase hay menos modestia que exigencia: la voluntad de ceñirse a lo esencial.

Este volumen, *Notas sobre André Gide*, ofrece una ventana rara y preciosa. No revela secretos escandalosos, pero permite leer a contraluz sus obsesiones: el control estilístico, la honestidad intelectual, la tensión entre vida privada y vida literaria. Gide, con su teatra-

lidad, su necesidad de epatar, su sensibilidad expuesta, sirve de contrapunto perfecto. Y sin embargo, la admiración mutua era sincera. Martin du Gard no se deja seducir por Gide, aunque lo acompaña con atención. Lo observa, lo registra, y en ese ejercicio también se escribe a sí mismo.

La imagen de Gide que emerge de estas notas resulta por momentos implacable, por momentos enternecida. Martin du Gard describe la gestualidad y las manías del autor de *Les Faux-monnayeurs*: “Le leí el *Cahier gris* y la mitad de *Pénitencier*. (Percibo de inmediato un divertido desprecio)”. La escritura se vuelve observación aguda, y el diario, un laboratorio de ideas, emociones y pequeñas crueldades. Hay momentos en los que la ternura desarma esa mirada escéptica, como en la escena de Gide jugando con su hija: “No se interesa más que en la espontaneidad de la niña, [...] cuyo cuerpo se levanta y estremece con una especie de delirio interior”.

Martin du Gard habla de Gide, pero también se filtra su propia visión del mundo, sus reservas morales, su idea de la literatura como exigencia. A través de sus observaciones se percibe una lucha silenciosa contra lo que considera impostura, una defensa de lo esencial

frente al artificio. En un pasaje revelador, dice del autor de *L'Immoraliste*: “no ha tenido jamás la paciencia de conservar mucho tiempo en su cajón una obra acabada”. Detrás de esa frase se lee una apuesta contraria: la de quien pule, duda, posterga, y opta por la lucidez que madura con el tiempo frente al efecto pasajero de lo ingenioso...

Adentrémonos, ahora, en aquella biblioteca de títulos prohibidos que tuvo en Normandía. Su existencia, con mil volúmenes, añade una dimensión menos visible a su figura. No se trata solo de una anécdota pintoresca: revela la tensión entre el orden que profesaba en su vida pública y los impulsos que gestionaba en privado. Que un autor con tanta claridad y medida albergara una colección clandestina —oculta incluso a sus allegados— sugiere que su vínculo con lo escrito iba más allá de lo racional. Leía para explorar, para contener y también para contradecirse. En ese espacio oculto, la literatura no era deber ni programa estético: era exceso, desobediencia. Eso: ciertas dosis de locura no le fueron ajenas.

Quizá porque eligió la coherencia antes que el impacto fácil, hoy Martin du Gard parece habitar entre la curiosidad de unos pocos y el olvido —aquel periodista de *Le Figaro* quizá

estaba en lo cierto—. Este libro invita a leerlo desde esa clave: con atención, con paciencia. Entrar en sus notas es entrar en un mundo donde la amistad, la escritura y la vida se rozan sin exhibicionismo. En tiempos de ruido y vanidad, eso tiene la resonancia de lo extraño.

PABLO DE CUBA SORIA

Isla de Richmond, 2025

Notas sobre André Gide

HE SIDO INVITADO a ir, el domingo por la tarde, a la Nouvelle Revue Française. A la recepción mensual de colaboradores y amigos.

En la tienda de la rue Madame, encuentro a Gaston Gallimard, Jean Schlumberger (autor de *L'Inquiète Paternité*) y, alrededor de ellos, a una decena de jóvenes. Sobre el mostrador, entre los libros del contable y la máquina de la dactilógrafa, algunas tazas desportilladas, un plato de galletas. El secretario de la revista, un muchacho muy joven, gentil, gracioso y torpe a la vez, sirve amablemente el té, como en una fundación; se llama Jacques Rivière. (Copeau permanece en nombre como director de la revista; pero, después de la reciente apertura del Vieux-Colombier, está totalmente acaparado por su teatro.) Jean Schlumberger, a quien ya conocía de otro lugar, pasea de grupo en grupo una helada cortesía que parece intimidarlo a él mismo, y se esfuerza, con

una conmovedora buena voluntad, en hacerla acogedora y sonriente... Mi *Jean Barois* acababa de salir. Me rodean con una curiosidad que me incomoda tanto como me halaga. Todos me dicen que mi libro es excelente; pero pronto tengo la impresión de que nadie —ni el mismo Gaston, tal vez— lo ha leído de cabo a rabo.

En medio de la segunda pieza, un Barba Azul risueño se agita como un demonio, y arma gran alboroto. Es Henri Ghéon: dos ojos que arden en un rostro risueño; una barba cuadrada, oscura, corta y tupida; los pómulos rubicundos; un cráneo brillante. Clava en mí su mirada tierna, cruel y jovial. Me agobia de elogios excesivos. Al hablar, gesticula, espata, y produce a cada paso relinchos estridentes: lo siente uno perpetuamente ebrio de existir.

Paso a otras manos. Aquí está Paul Fargue, quien me aprisiona en un abrazo. Un rostro perfectamente ovoide por la altura abombada de una frente desguarnecida y la punta de la barba. Ojos almendrados, párpados fruncidos en una mirada regalona, a la vez observadora y ausente. Curiosa mezcla de sensualidad febril e impassibilidad oriental. Entre sus delgados labios, un cigarrillo cuelga en medio de la boca que entreabre apenas para hablar. La voz

es dulce, zalamera. Él se escucha, parece dictar un texto y degustarlo de paso como conocedor. Pretende haber devorado Barois en una noche: se describe con complacencia fumando, acostado, apoyado sobre un codo, en el círculo íntimo de una lámpara: parece asociar en un mismo recuerdo voluptuoso la delicadeza de la iluminación rosa, la tibieza del lecho, el silencio nocturno, la embriaguez del tabaco y el interés de la lectura.

La puerta se entreabre. Un hombre se escurre en la tienda a la manera de un vagabundo que viene a calentarse a la iglesia. El ala de un sombrero magullado oculta los ojos; un amplio abrigo le cuelga de los hombros. Hace pensar en un viejo actor famélico, sin empleo; a esos restos de la bohemia que encallan, una noche de miseria, en el asilo nocturno; o bien a esos habituales de la Bibliothèque Nationale, esos copistas profesionales, de ropa descolorida, que dormitan a medio día sobre un infolio después de haber desayunado un croissant. ¿Un antiguo fraile, tal vez? ¿Un exsacerdote con mala conciencia? Gautier acusaba a Renan de haber conservado ese “aire sacerdotal”... Pero todos se aproximan, es alguien de la casa. Se despoja de su abrigo, de su sombrero; su traje, deformado, no parece sentarle bien a su

cuerpo desgarrado; un cuello de pájaro viejo se escapa de su ajado cuello postizo que se entreabre; la frente calva; la cabellera comienza a encanecer; se tupe un poco sobre la nuca con el aspecto apagado del cabello muerto. Su semblante de mongol, con las arcadas superciliares oblicuas y salientes, está sembrado de algunas verrugas. Los rasgos son pronunciados pero suaves; la tez grisácea, las mejillas hundidas, mal afeitadas; los labios delgados y estrechos dibujan una larga línea elástica y sinuosa; la mirada resbala sin confianza entre los párpados, con breves destellos fugaces acompañados de una sonrisa gesticulante infantil y artificiosa, a la vez tímida y afectada.

Schlumberger lo guía hacia mí. Yo me siento confundido: es André Gide...

Intercambiamos los tres algunas frases convencionales. Gide parece al borde del hastío, lo que acaba por paralizarme. Schlumberger nos abandona casi de inmediato. Gide vacila, va a buscar su abrigo, regresa rápidamente conmigo, vacila todavía, después —con miradas furtivas a diestra y siniestra, y esa mirada demasiado misteriosa que un mimo sin experiencia emplea para indicarle a los espectadores que prepara una jugada— me arrastra hasta la trastienda desierta, entre pilas de libros y res-

mas de papel. Ahí, sin mirarme a la cara, acucillado en un taburete escalonado, inclinado hacia adelante en pose de gárgola, murmura en mi dirección algunas palabras amables en un tono confuso y pretencioso. ¿Qué dice? ¿Que mi libro le ha interesado? No: que él tuvo, en defensa propia, que llevarse este verano al campo mi voluminoso manuscrito; que lo hojeó, primero con fastidio, luego con sorpresa; que tuvo “la más viva curiosidad” por conocer al autor; que se ha sorprendido mucho de que yo no haya sobrepasado los treinta años... yo apenas respondo. Y, de repente, se endereza, apoya un codo sobre la rodilla, su mentón sobre la mano flácidamente doblada, y comienza a hablar en abundancia. La voz se suelta, fluye; admirablemente timbrada, cálida, baja y grave, confidencial a voluntad, y zalamera, y susurrante, con modulaciones matizadas, y, por momentos, un brusco grito, cuando pronuncia un adjetivo raro, algún término elegido, cargado de sentido: parece entonces lanzar triunfalmente la palabra al aire con el objeto de que despliegue de pronto su resonancia, como uno eleva un diapasón para permitir el máximo de vibración. No sé qué pensar, aún menos qué decir. Por el fondo, por la forma, todas esas ideas que él desarrolla y matiza en

este arranque de improvisación, son enteramente nuevas para mí. Su resplandor me deslumbra. Nadie jamás, en la conversación, me ha dado esta impresión de fuerza natural, de genio... Tal vez todo ese brío me resultaría insoportable si hubiera descubierto el artificio; pero hasta en sus afectaciones y vanidades, Gide me parece profundamente auténtico, y yo me abandono con arrobo a la seducción. ¿Su físico? Lo miro con otros ojos. Cuando entró lo vi, no lo miré. Poco me importa la barba de dos días, el cabello mal cuidado, el cuello de acordeón. ¡Cuán sensible soy ahora a la nobleza de ese rostro trémulo de emoción y de inteligencia, a la tierna delicadeza de su sonrisa, a la música de su voz, a la atención, a la cálida bondad de las miradas con las que me arropa! Pues él no me quita los ojos de encima. Busca, visiblemente, la reciprocidad, el acuerdo; ofrece el intercambio, busca una alianza. Esta simpatía me trastorna. Me estimula, tengo prisa de responderle; quisiera evocar ese día, cuyo recuerdo es tan presente, en el que descubrí sus *Nourritures terrestres*...

Pero, de pronto —sin ningún indicio previo, sin transición, sin siquiera acabar la frase que había comenzado y que se atasca en un murmullo indistinto (acompañado por algu-

nos menos de cabeza incomprensibles y por la más afectuosa de las sonrisas)— Gide se levanta, con una mezcla de agilidad, de gracia, de precipitación, de torpeza. Se peina, echa apresuradamente su abrigo con un vuelo sobre un hombro, y se eclipsa fuera de la tienda, sin estrechar la mano de nadie; ni siquiera la mía...

¿Habrá venido sólo para ver la forma humana del autor de *Jean Barois*?

*

Febrero 1920

Gide no habla más que de la redacción de sus “recuerdos”, de los que ha dado un fragmento a la N.R.F. Ese trabajo lo apasiona.

—Estaba apenas en la adolescencia, pero ya me enfrentaba a las más espinosas dificultades... Cosa curiosa, querido: si pudiera adoptar la terminología cristiana, si me atreviera a introducir en mi relato el personaje de Satán, todo se volvería enseguida milagrosamente claro, fácil de contar, fácil de comprender... Las cosas siempre pasan para mí como si el Diablo existiera, como si estuviera interviniendo constantemente en mi vida...

ÍNDICE

ROGER MARTIN DU GARD, UN RETRATO / 7

NOTAS SOBRE ANDRÉ GIDE / 13